

Recuperaciones

Wilcock: El museo de los recuerdos

DANIEL BALDERSTON

Juan Rodolfo Wilcock (1919-1978), argentino por nacimiento, se convirtió al final de su vida en un conocido escritor italiano. Ingeniero, músico, hasta actor de cine (el Caifás del Evangelio de Pasolini), también practicó todos los oficios literarios con una habilidad asombrosa. Su producción en castellano consiste en poesía (*Libro de poemas y canciones*, 1940; *Ensayos de poesía lírica*, 1945; *Persecución de las musas menores*, 1945; *Los hermosos días*, 1946; *Paseo sentimental*, 1946; *Sexto*, 1953), cuentos (*El caos*, 1974) y teatro (en colaboración con Silvina Ocampo, *Los traidores*, 1956). También dirigió las revistas *Verde memoria* (1942-44) y *Disco* (1945-47) y colaboró en *Sur*, *Canto*, *Ficción*, *Arbol*, *Los anales de Buenos Aires* entre otras revistas. De su copiosa producción en italiano mencionaremos los poemarios *La parola morte* (1968) e *Italianisches Liederbuch* (1974), los libros de cuentos *Lo stereoscopio dei solitari* (1972), *La sinagoga degli iconoclasti* (1972) y *Parsifal* (1974), y las novelas *I due allegri indiani* (1973), *Il tempio etrusco* (1973) y *L'ingegnere* (1975). Hay versiones francesas de *Lo stereoscopio dei solitari* y de *La sinagoga degli iconoclasti*, publicadas por Gallimard, y una traducción española, *La sinagoga de los iconoclastas*, publicada por Anagrama.

Su producción poética se inscribe en la línea neorromántica de la poesía del cuarenta. Se reconoce entre los poetas de la revista *Canto* y otras de la época por sus versos cristalinos y bien medidos. Su obsesión por la perfección formal del poema se manifiesta en un curioso ensayo, «Historia técnica de un poema» (*Sur*, n° 172, (febrero de 1949), pp. 25-42), donde muestra los «difusos borradores abolidos» necesarios para la escritura de su soneto «El premio.» Revela en este ensayo la influencia que pesa sobre él de T.S. Eliot y su estética de la frialdad, sobre todo al

EE.UU., 1952. Es profesor de literatura hispanoamericana de la Universidad de Tulane. Acaba de publicar *El precursor velado: R.L. Stevenson en la obra de Borges* (Sudamericana, 1985). Greenwood Press anuncia su índice anotado a las obras de Borges.

escribir: «no quería aparecer *emocionado*, sino, dentro de lo posible, emocionar.» Es curioso leer la totalidad de la obra de Wilcock porque la perfección algo fría e impersonal de su poesía sirve de prólogo a una obra en prosa difícil de superar en su crueldad. «La fiesta de los enanos» y *L'ingegnere* son crueles sobre todo por la frialdad y aparente falta de pasión con que se cuentan los hechos atroces.

Los dos poemas que ofrecemos aquí figuran entre los numerosos inéditos que se hallan bajo el cuidado de su hijo, Livio Bacchi Wilcock, a quien agradecemos el habernos proporcionado los mismos. Seguramente no llegaron a la imprenta en vida de su autor por no tener la versificación regular que Wilcock buscó en su poesía publicada, y tal vez también por su evidente carácter autobiográfico. Tienen, en todo caso, una textura poética bien acabada. «El impetuoso,» de 1942, y «Deshacerme,» escrito en el destierro italiano en 1960, son textos de un admirable y casi secreto escritor argentino.

El impetuoso

Huid vosotras, como el humo en el viento,
 imágenes de muerte y de grandeza
 con que el hombre dispersa la soledad de su vida:
 sólo el amor es cierto
 y las estrellas eternas de la noche.
 Y el llanto de los siglos grabado en el mármol
 sólo es el nombre del deseo,
 del alma que se extiende por la lluvia
 hasta invadir los círculos del cielo;
 ya por el suelo se confunden
 las cuerdas del dolor y el deber, en el polvo.
 Es una llama oscura ante el crepúsculo
 y yo, el amante, extremo del universo,
 el eje de diamante donde las horas viajan,
 herido de hermosura, agonizante y único.
 ¡Oh nubes, nubes, que acompañáis mis sueños,
 ecos del aire, nubes, espacios todos míos,
 me inclino ante la música y me muero!

Deshacerme

Extiendo hacia mi pasado
 vanos tentáculos de ensueño
 buscando objetos, papeles
 que tal vez ya han sido destruidos;
 y sin embargo, como una vergüenza
 sé que todas mis riquezas
 simbólicas están allí,
 en esa casa hoy cerrada,
 morada de un loco y de una vieja:
 mis retratos de juventud,
 el sello con mis iniciales
 y yo, yo por todos lados,
 en los espejos y en las mesas.
 Tengo que ir a dispersar
 ese templo de mi persona,
 saquearlo, regalar
 a un museo mis recuerdos
 más raros y tirar el resto,
 exorcizar ese lugar
 que fue consagrado a mi culto,
 morir sin dejar rastros
 vergonzosos o de otra especie,
 deshacerme de todo,irme
 como he venido, desnudo.